

## CAPÍTULO XI

---

### Amor a la mortificación

*Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias<sup>1</sup>. Todo su interés está en domar su cuerpo, someterlo al espíritu<sup>2</sup> y completar en su carne lo que falta a los sufrimientos de Jesucristo<sup>3</sup>.*

El deseo de los hombres auténticamente mortificados consiste en sustituir en su corazón el amor de las riquezas por el amor a la pobreza; el amor del placer por el amor a la cruz; el amor de las criaturas por el amor a Nuestro Señor. Como san Pablo, cada día mueren a sí mismos<sup>4</sup>, a las inclinaciones de la naturaleza, a la vida de los sentidos<sup>5</sup>, al goce temporal para vivir exclusivamente para Dios y la eternidad.

Así vivió el Padre Champagnat. Su vida fue una continua inmolación a Dios de las facultades del alma y de los sentidos del cuerpo con la espada de la mortificación. Resultaría largo describir aquí su vida austera y mortificada. Con todo, para tener una idea, basta recordar lo que hemos descrito en esta historia. Por eso, para lograr lo que nos proponemos, bastará con narrar algunos hechos de los que aún no hemos hablado y dar algunos detalles más de otros a los que no hemos hecho más que aludir.

Exigente consigo mismo por naturaleza, en cuanto a alimento, descanso y todo tipo de alivio, sólo concedía a su cuerpo lo indispensable<sup>6</sup>.

Se había propuesto no tomar nada entre comidas, y lo cumplió toda la vida, incluso cuando se dedicaba a duros trabajos o en los viajes. Se le vio caminar días enteros, con calor asfixiante, y rechazar al regreso cualquier refrigerio, hasta un vaso de agua. Para disimular su mortificación decía que no estaba acostumbrado a tomar nada entre comidas, y que esta clase de alivios servían más para estropear la salud que para aliviar las pequeñas molestias que la sed o el hambre podían ocasionar. “Además –añadía–, el cuerpo se acostumbra a todo y se hace menos exigente cuanto menos se le consiente. Y, al contrario, si se bebe hoy porque se tiene sed, mañana a la misma hora se sentirá la misma necesidad y más acuciante que el día anterior. Y si complaciéramos sistemáticamente a la naturaleza, ¿dónde quedarían la mortificación, el espíritu de sacrificio y la vida cristiana?”

Desde el seminario, se había acostumbrado a mezclar el agua con un poco de vino. Se privó mucho tiempo del vino, por considerarlo enemigo de la castidad. “Nada –decía– excita tanto la concupiscencia y las pasiones como el vino; el que no es capaz de mortificarse y mantenerse sobrio, nunca llegará a ser casto.”

Por mucho tiempo creyó que los Hermanos podrían prescindir del vino. Luego, cuando se vio obligado a consentirlo, prohibió explícitamente beberlo puro, excepto en caso de enfermedad; y determinó que se tomase mezclado con agua a partes iguales.

En las comidas normalmente sólo tomaba dos platos<sup>7</sup>, y nunca consentía que le sirvieran más cuando estaba solo.

Se mostraba tan indiferente respecto a los alimentos que nunca se supo lo que le gustaba o le dejaba de gustar. Lo que sí sabían todos es que prefería siempre lo más común y ordinario. Tomaba lo que le presentaban y nunca se quejó por muy mal preparados que estuvieran los manjares. Si alguna observación hizo al Hermano encargado de la cocina, fue la de poner demasiado esmero en aderezar lo que le servían. Y si consideraba demasiado refinados los manjares que le presentaban, no los probaba.

Cuando visitaba a los Hermanos de las escuelas, vivía con ellos y con ellos compartía la comida, pobre y frugal. Sólo en contadas ocasiones iba a comer con los señores párrocos, cuando razonablemente no podía excusarse.

En tales visitas, nunca consentía que los Hermanos pusieran nada extraordinario por su causa, y nada le complacía tanto como atenerse al régimen normal de la comunidad.

Más de una vez amonestó a los Hermanos Directores por apartarse de esta norma, e incluso llegó a mandar retirar platos que se añadían a lo que estaba dispuesto en la Regla.

En una escuela, donde tuvo que permanecer ocho días por causa de una inundación que hizo intransitables los caminos, sólo le sirvieron patatas y requesón, pues la comunidad era muy pobre. Quedó tan contento con aquel sencillo régimen, y tan edificado del espíritu de pobreza de aquellos Hermanos que luego, en repetidas ocasiones, manifestó su satisfacción y gratitud al Hermano Director y exaltó las excelencias del requesón.

En otra casa donde se presentó a la hora del almuerzo, el Hermano Director se disculpaba lamentándose de no tener nada digno que ofrecerle. El buen Padre le dijo con bondad:

- No se preocupe, querido Hermano, comeré con ustedes de lo que tengan.
- Pero, Padre, sólo tenemos ensalada y queso.
- Y patatas, ¿no tienen?
- Sí; pero no están preparadas, y cocerlas llevaría mucho tiempo.
- Vayan a buscarlas; les ayudaré a prepararlas; entre todos terminamos en seguida.

Las trajeron en seguida. Se puso a pelarlas con los demás; y como el Hermano cocinero era nuevo y no se daba mucha maña para prepararlas, tomó la sartén y le enseñó a freírlas.

En otra ocasión llegaba de viaje; como viera al Hermano cocinero que se disponía a prepararle el almuerzo, le dijo:

- Hermano, no se moleste; tráigame, por favor, lo que haya sobrado de la comida.
- Pero, Padre, no ha quedado nada.
- ¿Y la carne que estoy viendo en aquel rincón?
- Está pasada, y los Hermanos no han podido comerla.

La toma, la prueba y se extraña de la delicadeza de los Hermanos. Come una parte y manda que le guarden el resto para la cena. Sin embargo, era indudable que aquella carne olía tan mal, que los Hermanos, que no eran excesivamente exigentes, no habían podido comerla. Pero su amor a la mortificación no le permitía andar con refinamiento y no dejaba escapar oportunidad de ofrecer a Dios un sacrificio y mortificar la naturaleza.

\* \* \*

Después de todo esto, nadie se extrañará de que haya recomendado con tanta insistencia a los Hermanos la sobriedad y mortificación en el alimento. A su juicio, éste es el abecé de la vida espiritual. Estaba convencido de que:

1.º Quien no sabe refrenar la gula, difícilmente podrá superar los demás vicios y será siempre débil en la práctica de la virtud.

2.º Quien no domina el paladar y es esclavo de la sensualidad, difícilmente podrá ser dueño de sí a la hora de resistir tentaciones más sutiles y peligrosas.

3.º La gula y la ociosidad preceden siempre a la impureza.

Por eso, la gula era la falta que más le costaba perdonar. No consentía que nadie tomara nada entre comidas sin permiso<sup>8</sup>, y reprendía y castigaba en público a los que sorprendía comiendo fruta o cualquier otra cosa.

“¿No sabéis –decía– que Adán se perdió y con él arrastró a todo el género humano por una falta similar? Da la impresión de que tomar una fruta, un bocado de pan o cualquier otra cosilla es una falta insignificante. Sin embargo, es suficiente para satisfacer la naturaleza, halagar la sensualidad, despertar las pasiones, debilitar la gracia y la piedad, y, por consiguiente, exponer el alma a los mayores peligros. Quien no sabe mortificarse en esas circunstancias y sigue las inclinaciones de la naturaleza, se expone a mayores caídas. Quien desee ser fuerte y no flaquear en los grandes combates, debe ser fiel en mortificarse y vencerse en las cosas pequeñas.”

Se sentía profundamente apenado al ver que algunos Hermanos murmuraban o se quejaban de la comida.

“No hemos venido a la vida religiosa –decía– para estar bien tratados y no carecer de nada, sino para mortificarnos y hacer penitencia. Los Hermanos sensuales no tienen de religiosos más que el nombre y el hábito. Siempre he comprobado que quienes se ocupan mucho de su cuerpo, piensan poco en su alma, y que quienes se preocupan demasiado de su salud, sólo a medias se cuidan de su perfección. La experiencia me ha enseñado también que quienes más se quejan del alimento suelen ser personas que en el mundo carecían hasta de lo necesario, y que se hicieron religiosos para asegurarse una vida cómoda. Los religiosos que en casa de sus padres vivían en abundancia, nunca se quejan en comunidad, aunque les falten o no les gusten ciertas cosas, porque han venido a la vida religiosa para llevar vida de privación e inmolarse a Dios por la mortificación. Por eso siempre están satisfechos del trato que reciben y no dejan de aprovechar cuantas ocasiones se les brinda de sufrir.”

El buen Padre consideraba el cuerpo como su mayor enemigo, y no dejaba de castigarlo y hacerlo sufrir. Ya desde que era seminarista lo mortificaba con cilicio y disciplina, y siguió usando tales instrumentos de penitencia el resto de su vida.

Un día llevó a su aposento al joven que había elegido para hacer de él la primera piedra del Instituto, y después de haberle hablado de diversos temas espirituales, sacó de una cajita dos cilicios y una disciplina, y mostrándoselos al joven, le preguntó:

- ¿Conoce usted estos instrumentos?
- No, señor; es la primera vez que veo algo parecido.
- Adivine para qué pueden servir.
- No veo qué se puede hacer con ellos: dígamelo, por favor...
- Hoy, no. De momento es suficiente que los haya visto; pero más adelante le entregaré uno y le enseñaré a usarlo.

Al cabo de unos meses, cuando ya le hubo formado en las prácticas de la vida interior, le dio a conocer el uso de dichos instrumentos y le entregó una disciplina y un cilicio. El fervoroso novicio no se olvidó de ellos, y los utilizó con tal rigor que el Padre Champagnat se vio obligado a moderarlo.

Aunque el piadoso Fundador daba mucha importancia a las penitencias corporales, no quiso imponer ninguna a los Hermanos, salvo el ayuno del sábado. Y no porque pensara que no debían hacerse, sino porque prefirió dejar esta clase de penitencias a la libre elección de cada uno y al prudente criterio de los Superiores. Además comprendía que, para la mayoría de los Hermanos, los sacrificios y las dificultades inherentes a la enseñanza podían servirles de penitencias corporales.

Cada vez que trataba este tema repetía: “Aunque la Regla no prescriba ninguna penitencia corporal, no quiere decir que no debamos hacerlas. El que quiera imitar a Jesucristo y a los santos, no dejará de imponerse algunas; pero en este punto, nadie debe seguir su propio criterio, sino consultar al Superior, que no va a frenar el fervor mientras las penitencias no atenten contra la salud.”

Y añadía, en plan de broma: “Unos azotillos de vez en cuando vienen muy bien para algunos, hasta resultan necesarios.”

\* \* \*

Pero, a su juicio, la mortificación corporal sirve de poco si no va acompañada de la mortificación interior. Ésta sobre todo es la que practicaba y recomendaba especialmente a los Hermanos. Según pensaba y comentaba, este tipo de mortificación comprende:

1.º *La mortificación de las pasiones*; especialmente el orgullo, el amor propio, el afecto desordenado a las criaturas, el apego a la propia voluntad y la pasión dominante. “Es posible –decía– salvarse y hasta ser excelente religioso sin ayunos rigurosos y sin entregarse a maceraciones corporales; pero es imposible salvarse, y menos aún trabajar en la propia perfección, sin luchar contra las pasiones, sin hacerse continua violencia. Hay quienes pueden tener razones poderosas para dispensarse del ayuno y la disciplina, pero nadie las tiene para refrenar sus inclinaciones desordenadas, corregir sus defectos y educar su carácter. Hay santos que han hecho muy poca penitencia corporal: no consta siquiera que la Santísima Virgen la practicase; sin embargo, todos los santos empezando por la Reina de todos ellos, se han distinguido por la mortificación interior y la guarda de los sentidos, su consecuencia natural. Así pues, cada uno de nosotros debe esforzarse en declarar guerra sin cuartel a la vanidad, al deseo de agradar a los hombres y merecer sus elogios; a las asperezas de carácter que hacen difícil la convivencia y obstaculizan el bien que se debe realizar con los niños; a la curiosidad y a la avidez de estar al tanto de las noticias del mundo.

Cada cual debe hacer todo lo posible por sobrellevar caritativamente los defectos de sus Hermanos y cuanto le resulte molesto en su conducta; llegar incluso a tolerar con paciencia un insulto, una reprensión inmerecida, mantener la caridad para con los que le han criticado, contrariado, perseguido y devolverles bien por mal.”<sup>9</sup>

Sobre este punto, el Padre Champagnat nos ha dejado ejemplos admirables. De uno u otro modo, toda su vida se vio contrariado, criticado, perseguido. Pues bien, nunca se permitió el desahogo natural del amor propio, no ya de quejarse de sus adversarios o perseguidores, sino ni siquiera de intentar justificarse<sup>10</sup>. Es más, llevó su espíritu de abnegación hasta el punto de alabar a las personas que le habían perjudicado y ayudarlos en cuanto pudo.

Un vecino, hombre grosero e irreligioso, lo humilló durante varios años: lo insultó, le escribió cartas injuriosas, lo amenazó con maltratar a los Hermanos, derribó una presa de la huerta... El buen Padre “se vengó” de todo con paciencia y caridad<sup>11</sup>. Rezó e hizo rezar por quien se había declarado enemigo suyo y consiguió por fin ganarlo para Dios. Al morir, aquel hombre dejaba un pleito interpuesto contra otro vecino. El Padre Champagnat se ofreció como mediador e hizo valer tanto su influencia que arregló el asunto a favor de la viuda e hijos del fallecido<sup>12</sup>.

2.º *La mortificación del empleo*, que consiste, según nuestro piadoso Fundador, en mantenerse en total indiferencia sobre cargos y lugares a que nos destinen, en esforzarnos al máximo en desempeñar el empleo que la Providencia nos señale y en aprovechar las ocasiones de mortificación que en él encontraremos. “Esta clase de penitencia –añadía el Padre Champagnat– es tanto más agradable a Dios, cuanto que es siempre conforme a su voluntad, no puede ser desvirtuada por el amor propio, es la más corriente y supone el ejercicio de una serie de virtudes a cuál más excelentes.

Otra ventaja de esta penitencia es que la podemos practicar cada día y en cada momento. Pongamos como ejemplo al Hermano responsable de una clase. En cualquier instante puede ejercitar la abnegación, la caridad, el celo, la paciencia. Debe estar continuamente atento a mantenerse serio y circunspecto para moderar a los niños y darles buen ejemplo; debe hacerse continua violencia para soportar la rudeza y demás

defectos de sus educandos, para ponerse al alcance de todos y repetir continuamente lo mismo. ¡Qué cúmulo de méritos para quien sepa aprovechar tantas ocasiones como a diario se presentan de mortificarse y renunciarse!”

En esta clase de mortificaciones, el ejemplo del Padre Champagnat destaca sobre toda ponderación. Nunca llegaremos a comprender el grado de abnegación que necesitó para compartir las privaciones, trabajos y vida austera de los Hermanos; lo que le costó educarlos, instruirlos, corregir sus defectos, formarlos en la virtud, afianzarlos en la vocación, prepararlos para la misión de maestros de la juventud y hacer de ellos auténticos religiosos.

¡Cuánta abnegación, caridad, paciencia y espíritu de mortificación necesitó para compartir su vida con la de aquellos pobres muchachos ignorantes, montañeses de modales toscos, llenos de los defectos propios de quienes no han recibido educación alguna! ¡Convivir, trabajar, recrearse, orar con ellos, constituirse en su servidor, tener con ellos toda la ternura de un padre!

Es verdad que la mayoría correspondieron a sus desvelos y bondad y le dieron grandes satisfacciones, pero no lo es menos que su educación le costó muchos esfuerzos, solicitud y sacrificios. Y también, que la actitud poco religiosa de otros llenó su corazón de angustia y amargura y le supuso un largo ejercicio de paciencia y mortificación.

Pero su virtud estuvo siempre por encima de todo, y, a pesar de las dificultades y sinsabores de su trabajo, jamás se le vio desanimarse, enojarse, dejarse llevar del mal humor, prorrumpir en críticas o manifestar el mínimo asomo de hastío o descontento.

Si tenía que hacer alguna observación, reprensión o corrección, actuaba siempre con bondad, procurando levantar el ánimo e inducir a la esperanza. Se veía que era un Padre el que hablaba y que sólo pretendía el bien de la persona a la que corregía.

Sin embargo, en alguna ocasión hubo quienes recibieron la corrección de malos modos e incluso llegaron a faltarle al respeto respondiéndole en tono insolente. En tales circunstancias, en vez de hacer valer su autoridad y mostrarse riguroso, optaba por callarse y orar por los ingratos que abusaban de su bondad e indulgencia.

En una ocasión, un Hermano recibió muy mal una reprensión que le estaba dando y hasta se permitió contestarle con insolencia. El Padre lo dejó y fue a arrodillarse ante el Señor Sacramentado, y a pedirle la conversión de aquel Hermano extraviado.

Otra vez, un Hermano se sintió muy molesto por una corrección, que, sin embargo, le había dado con gran suavidad. Unas horas más tarde, la serenidad y a reflexión le hicieron ver su falta y vino a arrojarse a los pies del buen Padre, le pidió perdón y le rogó que olvidara lo sucedido y no le guardara rencor.

“¡Guardarle rencor! –exclamó el Padre-. ¡Amigo mío, Dios me libre! Gracias a Dios, nunca ha destilado mi corazón una gota de hiel ni he guardado el menor asomo de resentimiento<sup>13</sup> ni contra usted ni contra ningún Hermano.” Y al pronunciar estas palabras, lo alza del suelo y lo abraza con ternura. Podríamos multiplicar casos similares.

*3.º Las mortificaciones del propio estado.* Esta clase de mortificación consiste en la exacta observancia de las Reglas. La fidelidad, la exactitud a la Regla inmola totalmente a Dios al religioso, por el sacrificio permanentemente actualizado. Es evidente, en efecto, que para ser fiel a los ejercicios de Regla: estudio, silencio, empleo, pobreza, obediencia, humildad, modestia, caridad, y demás virtudes de estado, hay que mortificarse constantemente y hacerse continua violencia. “El que vive así –añadía el Padre Champagnat-, está practicando una mortificación imperceptible a los ojos de los hombres, pero infinitamente valiosa para el cielo muy grata a Nuestro Señor. El que vive de este modo, vive en definitiva, según Dios. ¿Entendéis bien esto? Vive, no según el hombre, la carne, las pasiones, los vaivenes del capricho; no según su propia voluntad o el mundo, y menos aún según Satanás, sino según Dios, según los ejemplos de Jesucris-

to y de los santos. Una vida así, no hay por qué ocultarlo, es difícil a la naturaleza, y los santos la llaman con razón martirio. Efectivamente, para vivir según Dios, es decir, según la Regla, hay que declarar guerra sin tregua a la carne, a las pasiones, al mundo y al demonio e inmolar a Dios todas las facultades del alma y los sentidos del cuerpo.”

Como siempre, el Padre ratificaba sus instrucciones con el ejemplo. Por eso, era siempre el primero en los ejercicios comunitarios: en la oración y el trabajo, en la observancia de la pobreza, humildad, modestia y demás virtudes religiosas; el primero a la hora de sacrificarse por la gloria de Dios, la santificación de los Hermanos y el bien del Instituto.

Ahora bien, no hay que pensar que esta fidelidad al reglamento le haya resultado fácil. Para él, como para quienes son fieles cumplidores del deber, constituyó una fuente perenne de abnegación y sacrificio.

La siguiente confidencia que hizo a un Hermano lo confirma de modo irrefutable. “Hace más de veinte años que me levanto a las cuatro; sin embargo, aún no he conseguido acostumbrarme; cada día supone para mí un penoso sacrificio. Cuando lo pienso –añadía–, compadezco a nuestros Hermanos jóvenes, a quienes indudablemente esto ha de costarles mucho. Hay cosas a las que uno nunca llega a acostumbrarse: el levantarme es para mí una de ellas.”

Aunque, como confiesa, le costase tanto, nunca dejó de levantarse puntualmente. Y se puede decir de él lo mismo que de san Vicente de Paúl<sup>14</sup>, que la segunda campanada nunca le sorprendió en la misma postura que la primera. Por lo demás, casi siempre se levantaba antes de las cuatro, pues ordinariamente estaba tan ocupado durante todo el día, que se veía obligado a robar al descanso el tiempo necesario par el rezo del breviario o para entregarse al santo ejercicio de la meditación, que era para él una necesidad y un gozo.

Esta puntualidad en levantarse fue una constante de toda su vida. En sus últimos años, pese a encontrarse casi siempre enfermo y aunque le rogaron que descansara un poco más y él mismo admitía que lo necesitaba y le aliviaba, no podía resignarse a seguir acostado y, en cuanto oía la campana, saltaba de la cama.

Alguien le hizo notar que era demasiado austero y que no debía maltratar tanto a la naturaleza. “Si nos hiciéramos caso a nosotros mismos –le respondió–, sobre todo al llegar a cierta edad, pasaríamos la mitad del tiempo pidiendo exenciones y, con el pretexto de estar enfermos, no cumpliríamos la Regla: o lo que es lo mismo, seríamos religiosos sólo de nombre. ¿Es lógico que sacrifiquemos la perfección, el deber y el alma por conservar la salud del cuerpo o ahorrarle algún ligero y corto sufrimiento?”

*Cuando yo era niño* –dice san Pablo–, *hablaba como un niño, obraba como un niño*<sup>15</sup>. El Padre Champagnat imitó al gran Apóstol en sus etapas de niño y de hombre maduro. Cuando era niño, le costaba muchísimo levantarse por las mañanas. De modo que cuando sus padres venían a despertarlo y le obligaban a dejar la cama, murmuraba para sí: “Cuando sea mayor y no dependa de nadie, me acostaré cuando quiera y dormiré a mis anchas.” Y cuando fue mayor y dueño de sí mismo, pese a su natural inclinación al descanso, le hubiera resultado más penoso, le hubiera costado mayor sacrificio quedarse en cama que levantarse de joven.

Así transforman al hombre la gracia y el espíritu de mortificación. Pero ¡ay!, ¡cuántos religiosos sólo tienen de hombres la estatura y la barba y siguen toda su vida siendo niños en el sentir y en el obrar! Como si hubieran venido a la vida religiosa únicamente para darse buena vida, procurarse todas las comodidades posibles y vivir largos años. Esos individuos –dice santa Teresa– siempre encuentran disculpas para satisfacer a la naturaleza en detrimento de la Regla<sup>16</sup>. Hoy no se levantan o dejan de cumplir cualquier otro punto del reglamento, porque les duele la cabeza; mañana, porque les ha dolido la víspera, y los días sucesivos, por temor a que les vaya a doler.

“¡Desdichados religiosos, añade san José de Calasanz<sup>17</sup>, que prefieren la salud a la santidad!”

4.º *Las mortificaciones que nos manda la Provincia*, como enfermedades y achaques corporales, tentaciones y sequedad, angustias y pruebas de la vida espiritual; el rigor de las estaciones, el frío, calor y cuantas ocasiones de sufrimiento pueden traer consigo las situaciones que se viven, como lugares, ambiente, casas donde se reside, acontecimientos, percances inesperados, o aflicciones de cualquier tipo de variada procedencia. “Esta clase de penitencia –decía el piadoso Fundador– es muy grata a Dios, porque él es quien nos la envía directamente, y, al aceptarla, estamos haciendo al mismo tiempo un acto de conformidad con su santa voluntad.”

Un postulante que pedía su ingreso en el Instituto, preguntaba qué penitencias extraordinarias prescribía la Regla. Ninguna, le respondió el Padre Champagnat. Como vio que quedaba sorprendido y casi escandalizado, el buen Padre añadió: “Aunque la Regla no obligue a llevar cilicio ni darse disciplina, no le faltarán ocasiones de mortificarse, si quiere aprovecharlas. La vida de comunidad, la enseñanza, la fidelidad a la Regla son campo amplio de privaciones y sacrificios para quien esté dispuesto a renunciarse a sí mismo e inmolarse a Dios. Puede ir empezando por éstas. Ejercitarse en todas esas formas de mortificarse le hará llegar a ser un santo religioso. Luego, si es necesario, podremos ir añadiendo algunas más.”



<sup>1</sup> Ga 5, 24.

<sup>2</sup> Co 9, 27; Rm 8, 13.

<sup>3</sup> Col 1, 24.

<sup>4</sup> 1 Co 15, 31; 2 Co 5, 15.

<sup>5</sup> Col 2, 2

<sup>6</sup> El Hermano Silvestre dice: “Realmente no acababa de comprender cómo un cuerpo tan grande podía subsistir con tan poco alimento” (MEM, página 127).

<sup>7</sup> “Para almorzar, sopa, dos platos, postre y vino con agua mezclados a partes iguales” (Regla de 1837, cap. II, art. 26b, pág. 22). “A las siete, cena, con el mismo régimen que el almuerzo, menos el postre” (Ibíd., cap. II, art. 39, pág. 26)

<sup>8</sup> “En lo posible, las comidas se harán siempre en comunidad; no tomen nada fuera del comedor y de las horas señaladas” (Regla manuscrita, AFM, doc. 362, 1; cap. II, art. 61).

<sup>9</sup> Rm 12, 14-17 y 21; 1 Tm 5, 15; 1 P 3, 9.

<sup>10</sup> El Padre Champagnat, en una situación comprometida, expresa su incondicional docilidad a Su Excelencia (LPC 1, doc. 150, pág. 295).

<sup>11</sup> LPC 1, doc. 18, pág. 60.

<sup>12</sup> El Hermano Avit puntualiza: “La muerte arrebató también a un tal Motiron, vecino molestísimo que había promovido toda clase de dificultades al Padre Champagnat y a los Hermanos... Monteiller, yerno del difunto, no siguió las excentricidades de su suegro” (AA, págs. 202-203).

<sup>13</sup> En su Testamento Espiritual dirá: “... si bien no recuerdo haber disgustado a nadie voluntariamente.”

<sup>14</sup> “Imaginarse que la campana es la voz de Dios, y, en cuanto se oiga, lanzarse de la cama” (P. COSTE, S. Vicente de Paúl, 3, 542. París, 1921). “Sí, señores, nada me parece tan importante como levantarse por la mañana, y las cosas más insignificantes y molestas me parecen insalvables” (Ibíd., 12, 93. París, 1929).

<sup>15</sup> 1 Co 13, 11.

<sup>16</sup> Para santa Teresa, el cumplimiento de la Regla es una mortificación muy meritoria: “No guardamos unas cosas muy bajas de la Regla –como el silencio, que no nos ha de hacer mal– y no nos ha dolido la cabeza, cuando dejamos de ir al coro –que tampoco nos mata–, y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza para que no podamos hacer ni lo uno ni lo otro” (TERESA DE JESÚS, Camino de Perfección, cap. X. 6, pág. 572, en “Obras completas”. Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1977. Cfr. A-M. LIGUORI, La religieuse sanctifiée, vol. 8, cap. VII, pág. 148). “Pues, con que procuremos guardar cumplidamente nuestra Regla y Constituciones con gran cuidado, espero en el Señor admitirá nuestros ruegos; que no os pido cosa nueva, hijas mías, sino que guardemos nuestra profesión, pues es nuestro llamamiento y a lo que estamos obligadas, aunque de guardar a guardar va mucho” (SANTA TERESA, Camino de Perfección, cap. IV. 1, pág. 535. “Obras completas”. Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1977).

<sup>17</sup> “¡Ay del religioso que estima más la salud que la santidad!” (TALENTI, Vie de St. Joseph de Calazance, Livre VI, cap. 9)